





Título de la obra:
Como una luz, buenos caminos

Autor:
David Londoño Mesa

Técnica:
Digital



LUIS FERNANDO
FERNÁNDEZ OCHOA

*Doctor en Filosofía y Letras
por la Universidad Pontificia de Salamanca.
Profesor de Ética y Antropología Filosófica.
Director de la Facultad de Filosofía
de la Universidad Pontificia Bolivariana.
luis.fernandez@upb.edu.co*

ANTROPOLOGÍA DE LA FAMILIA



Resumen

La familia es el ámbito en el que el ser humano aprende a vivir como auténtico hombre y a convivir armónicamente con los demás. Allí aprende a darse y a recibir, a escuchar y a dialogar, por eso es la primera escuela de personalización y socialización, de ahí que pueda ser definida como “la comunidad humana esencial”, por cuanto crea las mejores condiciones para el desarrollo humano y pone las bases de las relaciones humanas esenciales: el amor conyugal, la maternidad, la paternidad, la filiación y la fraternidad.

Palabras clave: hombre, amor, donación, apertura, aceptación, diálogo, solidaridad.



Afirma Alfonso López Quintás que “diversos pensadores –singularmente, Louis Lavelle y Hans Urs von Balthasar– postulan actualmente que se reconozca la Antropología como punto de partida del filosofar, a fin de iluminar cada forma de conocimiento –que es un modo de encuentro– con la forma suprema: el encuentro dialógico interhumano”.¹ Por este motivo buscamos adoptar un modo de pensar que le haga justicia a esa realidad peculiar que es la familia, y como en su seno nacen y se forman los hombres, qué podría ser mejor que acudir al amor, que es el sustento de la familia, para hacernos cargo de lo que el hombre es, porque, como dijo Benedicto XVI, “quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre”,² así que apoyémonos en el amor, esa realidad que como dice Blondel, nos hace ser,³ para tratar de comprender lo que es la familia. Y a quien le parezca extraño que en una reflexión filosófica se tenga como punto de partida y fundamento al amor, le respondemos que “si el amor es lo más esencial de la vida, no tiene sentido que, desde un punto de vista filosófico, sea una cuestión secundaria que quede siempre por detrás, por ejemplo, de las reflexiones gnoseológicas o lógicas”.⁴

¹ Cf. LÓPEZ QUINTAS, A. *Cuatro personalistas en busca de sentido*, Madrid, Rialp, 2009, p. 130-131.

² BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 28.

³ Cf. BLONDEL, M. *Exigences philosophiques du Christianisme*, París, Presses Universitaires de France, 1950, p. 241.

⁴ BURGOS, J. M. *El personalismo. Autores y temas de una filosofía nueva*, Madrid, Palabra, 2000, p. 186.



Comencemos distinguiendo entre *querer* y *amar*. Querer es desear algún bien del que carecemos o del que no estamos en entera posesión, mientras que amar es mucho más, por cuanto no se ama porque nos falte algo que necesitamos, prueba de ello es que una madre ama a su hijo sin buscar compensaciones, con lo cual parece ser que amar es *darse* sin reserva, lo que anuncia que amar implica enteramente a la persona que ama, puesto que cuando alguien ama, su ser se *compromete* por completo.

Esa capacidad humana de amar hace que el ser de la persona sea un *ser amoroso*, es decir, hace que sea capaz de realizar el bien, y ¿en qué consiste esto? Consiste en la capacidad de salir de sí mismo para *darse* a otro, pues como dice Aristóteles, el amor consiste en una especie de “exceso” de amistad que se puede sentir hacia una persona;⁵ en otras palabras, consiste en *apertura*, y como el otro también se me puede abrir a mí, entonces consiste también en encuentro *interpersonal*.

Así pues, el amor humano denota apertura y por ello *otorgamiento*, *gratuidad* y *don sincero*

⁵ Cf. ARISTÓTELES, *ÉTICA a Nicómaco*, IX, 1171a 11.

de *sí mismo*; por eso es que el amor puede más que los defectos propios o ajenos y por eso puede superar cualquier clase de heridas. Pero si de un lado es *don*, del otro es *apertura* y *recepción*.

Pero no se piense que al amar solamente estoy dando y enriqueciendo a otro, puesto que al dar, o mejor, al darme, me estoy enriqueciendo primeramente yo mismo, estoy venciendo la autosuficiencia y disipando la soledad; quizás por eso dice Alfonso López Quintás que el elemento natural en que se despliega óptimamente nuestra existencia es el encuentro, que es la mayor fuente de posibilidades,⁶ puesto que encontrarse es enriquecerse, ya que cuando se desbordan los límites de cada ser y las intimidades se interpenetran, “ganamos conciencia de *existir de verdad*, de estar *afirmados en el ser*.”⁷

Encontrarse no es simplemente un estar allí frente a otro, no se reduce a estar junto al otro, es estar *presente* para el otro y en el otro, con lo cual ambos llegan a ser uno: En ese sentido el encuentro tiene una dimensión espiritual, adquiere el rango de *revelación*, pues a través de una mirada, una palabra o una sonrisa el otro se me manifiesta, se hace *presente* para mí, me abre su mundo personal, me revela ese misterio que él es, y en ese momento deja de ser un *otro* para ser un *tú*, y por obra y gracia de esa cercanía dos extraños, dos hombres que simplemente coexistían, fundan un *nosotros* cargado de densidad vital. El “nosotros” es *apertura*, es la posibilidad de que el otro participe íntimamente en mi ser, así como yo en el suyo, por eso el *nosotros* es *coparticipación*, o mejor aún, *comuni3n*.

⁶ Cf. L3PEZ QUINTAS, A. *Cuatro personalistas en busca de sentido*, *op. cit.*, p. 130-131.

⁷ *Ibid.*, p. 136.

Al encontrarme con los otros necesariamente los voy conociendo y valorando cada vez mejor y, concomitantemente, me iré conociendo, valorando y amando también a mí mismo. Es por eso que Aristóteles dijo que “la disposición que uno tiene consigo mismo la tiene también para el amigo”,⁸ y es esa la razón por la cual Juan Cruz escribe que “si el hombre no llegara, siquiera en lapsos breves de tiempo, a amar perfectamente a otro, jamás podría conocerse a sí mismo en su intimidad: especialmente jamás conocería lo que es capaz de dar de sí mismo”.⁹

Max Scheler advierte que el hombre, antes que *ens cogitans* –ser pensante- o *ens volens* –ser que quiere-, es un *ens amans*,¹⁰ un ser que ama, y al amar va creciendo, primero en el conocimiento de sí mismo y luego en la capacidad de entregarse y *sobreabundar*. Nótese que según lo que acabamos de afirmar lo primero no es *dar amor* sino *aceptarlo*, así como tampoco es aceptar a los demás, sino *aceptarse* a sí mismo. Digámoslo de otra manera, lo primero es aceptarse como la persona que se es, luego vendrá todo lo demás: aceptarse y reconocerse como *hijo*,

⁸ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, IX, 1171b 32.

⁹ CRUZ; J. *El éxtasis de la intimidad*, Madrid, Rialp, 1999, p. 101.

¹⁰ SCHELER, Max. Citado por SELLES, J. F., *Antropología para inconformes. Una antropología abierta al futuro*, Madrid, Rialp, 2011, p. 611.

“
...lo primero
no es dar amor
sino aceptarlo,
así como tampoco
es aceptar
a los demás,
sino aceptarse
a sí mismo.
”

como don de amor en el seno de una pareja en la que probablemente también hay otros hijos, que son mis *hermanos*, y posteriormente será reconocerse como *esposo* y como *padre*, con lo cual *persona* y *amor* vienen a ser equivalentes.

Reconocerme como un *don*, saber que me han dado el don de la vida, es sentirme llamado a *entregarme*, a ser *don para los demás*, a donarles lo que yo soy, no solo lo que sepa o lo que tenga, sino lo que soy como persona, y dándome es como encuentro lo que soy¹¹ y lo que puedo ser. Y solo si me entrego entendiendo las cosas de este modo seré capaz de recibir y valorar a los otros cuando se me ofrecen como dones, es decir, de abrirme a mis padres, hermanos, esposa

o esposo, a mis hijos y a mis nietos, que se me entregan como lo que son. Por eso es que mientras en las relaciones sociales cuentan tanto el *status*, la imagen y la posición, en el seno de la familia cada uno vale simple y maravillosamente tan solo por lo que es.

Santo Tomás de Aquino nos ayuda a entender el significado antropológico de la familia cuando dice que “nada hay que provoque tanto el amor como saberse amado”,¹² y es que en la familia

¹¹ Cf. CAÑAS, J. L. *Antropología de las adicciones*, Loja, UTPL, 2015, p. 248.

¹² SANTO TÓMAS DE AQUINO, *De rationibus fidei*, cap. 5. Ed. Vivés, t. 27, 132-133.

no solo fuimos traídos a la vida sino que comenzó nuestra formación como personas, y eso no ocurrió como cuando se compra un artefacto tecnológico y con él viene un manual de instrucciones para el uso, sino que con afecto y calidez nos fueron disponiendo y enfrentando al mundo.

Eso que nos ofrece la familia nos es *menester*, lo necesitamos, y no porque nos “falte”, ya que también necesitamos lo que tenemos. La lengua española refleja esto mediante la palabra “menester”, proveniente del latín *ministerium*, una palabra que alude a lo que yo necesito aun teniéndolo, a lo que me es preciso para hacer mi vida, para ser yo mismo. A este respecto Julián Marías dice que

“El hombre es un ser que tiene necesidad de muchas cosas, pero existe en él una necesidad particular: la necesidad de personas. Se trata de otro tipo de necesidad: la necesidad personal. Todas las necesidades son per-

*sonales, puesto que el hombre es persona. En el hombre, toda necesidad se convierte, en cierta manera, en una necesidad personal. Pero experimenta la necesidad directamente personal, es decir, la necesidad de personas.*¹³

Nieves Gómez Álvarez afirma que ser persona es necesitar de otras personas,¹⁴ necesitarlas en cuanto tales, no por lo que nos puedan dar o por lo que tengan de material, sino porque somos “criaturas amorosas” que nos hacemos frente a los otros y en relación con los otros¹⁵ o, para decirlo con Zubiri, porque ser persona es estar esencial, constitutiva y formalmente referido a los demás hombres.¹⁶

Hoy sabemos que ser persona es “ser con” los otros, y que ese “con” no es ningún añadido a la realidad del hombre, sino un momento intrínseco y formal de la vida humana.¹⁷ Esto lo explica Zubiri diciendo que “los demás no funcionan como algo con que hago mi vida, sino como algo que en alguna medida soy yo mismo. Y solo porque esto es así a radice, solo por esto puede el hombre después hacer su vida ‘con’ los demás hombres.”¹⁸

.....
¹³ MARÍAS, J. “La muerte del cónyuge”, entrevista concedida a Christian Chabanis, en GARCÍA NORRO, J. J. (Coord.). *Julián Marías: maestros y amigos*, Madrid, Escolar y mayo editores, 2015, p. 152. (La cursiva es mía)

¹⁴ Cf. GÓMEZ ÁLVAREZ, N. *La persona como innovación radical de realidad en Julián Marías*, “Quien”, 1 (2015) p. 70.

¹⁵ Cf. *Ibíd.*, p. 65.

¹⁶ Cf. ZUBIRI, X. *Naturaleza, historia y Dios*, Madrid, Alianza, 1987, p. 478.

¹⁷ Cf. CASTILLA DE CORTÁZAR, B. *La persona esa “gran realidad”*. Zubiri y el personalismo, “Quien”, 1 (2015) p. 91-92.

¹⁸ Cf. ZUBIRI, X. *Estructura dinámica de la realidad*, Madrid, Alianza, 1989, p. 251.



Expresado de otro modo, “la apertura de la persona a los demás forma parte constitutiva de sí misma”,¹⁹ porque su estructura es dialógica, o sea, porque el hombre no puede comprenderse aisladamente, como si fuera ajeno a los demás hombres, puesto que la realidad humana, en tanto que realidad, está cualificada por los demás.²⁰ Blanca Castilla de Cortázar comenta esto diciendo que “los demás influyen en la vida de una persona antes de que ésta pueda advertirlo [ya que de ellos recibe] ayuda, educación, convivencia social y compañía”,²¹ un conjunto de bienes a los que Zubiri denomina “comunidad”.

Pues bien, la familia es una *necesidad biográfica*, una de las *necesidades personales* más hondas: necesito la familia para construir mi propia historia, necesito su apoyo para aprender a hacerme cargo de mis circunstancias; la necesito porque es como el alvéolo en el que germina el amor,²² esto es, donde aprendo a convivir.

En la familia me abro a la vida social, que cubre no solo mis necesidades básicas sino también los bienes morales, y así me permite no solo sobrevivir sino *vivir bien*. En este sentido, la familia es el ámbito en el que aprendo a vivir, no de cualquier manera, sino como hombre,²³

.....
¹⁹ Cf. CASTILLA DE CORTÁZAR, B. *La persona esa “gran realidad”*. Zubiri y el personalismo, “Quien”, 1 (2015) p. 92.

²⁰ Cf. ZUBIRI, X. *Sobre el hombre*, Madrid, Alianza, 1986. p. 259.

²¹ Cf. CASTILLA DE CORTÁZAR, B. *La persona esa “gran realidad”*. Zubiri y el personalismo, “Quien”, 1 (2015) p. 92.

²² Cf. MARÍAS, J. *Antropología metafísica*, Madrid, Alianza, 1983, p. 163.

²³ Cf. GARCÍA CUADRADO, J. A. *Antropología filosófica. Una introducción a la filosofía del hombre*, Pamplona, EUNSA, 2008, p. 164.

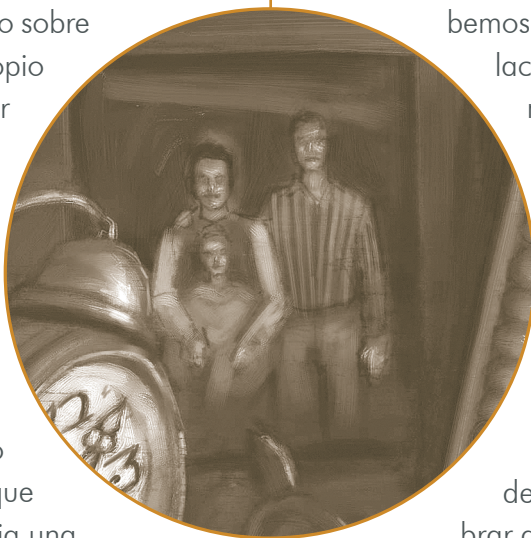


aprendizaje que implica el saber *compartir* con las otras personas los bienes más elevados y no solo los meramente materiales.

Esos bienes morales a los que nos referimos son la lengua, las costumbres, los valores morales, el sistema de estimaciones, las ideas, las creencias y el sentido de trascendencia. Por eso la familia es la *primera escuela de personalización*, pues allí aprendemos a ejercitar las virtudes que nos perfeccionan como seres humanos y adquirimos la noción de límite, tan necesaria para convivir armoniosamente con nuestros congéneres.

Al vivir “junto con otros”, es decir, al convivir en la familia, aprendo a pensar en los otros, a reconocerlos como semejantes y, de esa manera, a superar la tendencia natural a concebirme

como un individuo concentrado sobre mí mismo y volcado a mi propio bien, para comenzar a pensar en el bien común. No obstante, así sea capaz de ir más allá de la esfera del yo para pensar en el *nosotros*, la convivencia trae eventuales fricciones que en el seno de la familia podemos también aprender a resolver, y para ello conviene usar tres palabras que pueden allanar el camino hacia una vida familiar armónica: “permiso”, “gracias” y “perdón”. Son palabras sencillas pero cargadas de una gran fuerza, de manera que si están presentes en nuestro vocabulario tienen la virtud de custodiar la casa, de defenderla de mil pruebas y dificultades; en cambio, si faltan, poco a poco se van abriendo grietas que pueden ocasionar el derrumbe de la familia.²⁴



Conviene pedir *permiso* porque el ingreso a la vida de otro, así sea familiar nuestro, ha de ser siempre respetuoso y delicado, nunca de forma invasiva, y porque mientras más amemos a otra persona y más íntima sea nuestra relación con ella, más respetuosos hemos de ser de su libertad, hasta el punto de esperar que nos abra las puertas de su corazón; una actitud que hasta el mismo Jesús asume con cada uno de nosotros: “Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo”. (Ap 3, 20). Hemos de dar *gracias* porque es justo reconocer el bien que los demás nos hacen. De-

²⁴ Cf. PAPA FRANCISCO. Audiencia general, 13 de mayo de 2015. En: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2015/documents/papa-francesco_20150513_audienza-generale.html [Consultado el 19 de agosto de 20125].

bemos pedir *perdón* porque “muchas laceraciones en la familias comienzan con la pérdida de esta preciosa palabra”,²⁵ de modo que cuando no lo hacemos se van abriendo pequeñas grietas que, si no se subsanan, pueden llegar a convertirse en profundas fosas.

Aparte de esto, en el seno de la familia aprendo a equilibrar autonomía y sociabilidad, pues es preciso disolver la falsa alternativa entre individualismo y colectivismo, ya que como dice Martin Bubber “el hecho fundamental de la existencia humana no es ni el individuo en cuanto tal ni la colectividad en cuanto tal. Ambas cosas, consideradas en sí mismas, no pasan de ser formidables abstracciones. El individuo es un hecho de la existencia en la medida en que entra en relaciones vivas con otros individuos: la colectividad es un hecho de la existencia en la medida en que se edifica con unidades de relación”.²⁶

Lo que acabamos de decir nos permite afirmar que, en gran medida, a la base de las problemáticas sociales hay individuos disfuncionales que solo piensan en conseguir el bien individual porque nunca aprendieron a compartir y, mucho menos a renunciar o a sacrificarse en favor del otro; sujetos incapaces de autolimitarse para que todos puedan estar bien; personas que no han comprendido que la realización del yo pasa necesariamente por la construcción del *nosotros*, o

²⁵ *Ibid.*

²⁶ BUBBER, M. *¿Qué es el hombre?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 146.

lo que es igual, que sin los demás o de espaldas a ellos yo no soy más que una personalidad trunca e incompleta. Dicho esto mismo en positivo, el hombre solo alcanza su plenitud como persona cuando existe y actúa junto con otros y cuando busca con ellos el desarrollo de todos,²⁷ y esto es lo que procura una familia bien constituida.

El ser humano no está hecho para estar solo: el niño necesita que otros le alimenten, le cuiden y le enseñen para desarrollarse plenamente como hombre. “Así pues, en su desarrollo, tanto en el proceso de socialización primaria que se lleva a cabo en los primeros años de vida como en el de socialización secundaria (la integración afectiva en la sociedad) y en su misma realización como ser humano maduro, la persona necesita de otras para aprender a conocerse a sí misma (...) y alcanzar su plenitud e integración en la sociedad”.²⁸ Por esta razón, la libertad, entendida como apertura del hombre a la totalidad, solo alcanza su máxima realización en la apertura a los demás, con lo cual descubrimos la estructura constitutivamente dialogante de la persona humana.

Esta *estructura dialógica* nos permite ver que la comunicación interpersonal no se agota en el intercambio de ideas, sino que es posible y necesario compartir sentimientos y voluntades, lo cual nos remite al *amor* como la forma más intensa de relacionarnos. ¿Pero qué es el amor? Digamos, por lo pronto, que *amar* es *querer algo por lo que es en sí mismo*, y si se trata del amor a una persona consistirá en querer el bien de ella, sin otro interés que querer que crezca

²⁷ Cf. WOJTYLA, K. *Persona y acción*, Madrid, BAC, 1982, p. 322.

²⁸ YEPES STORK, R, y ARANGUREN, J. *Fundamentos de antropología. Un ideal de la excelencia humana*, Pamplona, EUNSA, 2003, p. 184.

y se desarrolle, es decir, sin buscar el propio bien, aunque el que ama recibe el pago del amor en el gozo de ver florecer al amado.

Expresado de una manera más sencilla, es en el hogar donde se aprende a ser *solidario*. En la familia cada uno es acogido y amado por sí mismo, por lo que es, de modo gratuito. “Esta experiencia del amor gratuito le ayuda al niño a estimarse como persona y a estimar a los demás como personas. La familia es el primer ámbito de ‘socialización’ y de ‘personalización’, porque es donde la persona aprende un lenguaje, comienza a captar los valores morales y donde, de modo más radical, comienza a comprender su valor personal al ser amado por sí mismo. Es donde se percibe su propio valor y dignidad frente a los demás”.²⁹

Sentirme amado tan solo por lo que soy, es al mismo tiempo sentirme llamado a amar a los otros del mismo modo, reconociendo así su dignidad y su grandeza; es sentirme interpelado por ellos y orientado a comunicarles mis bienes personales, y de modo especial a ofrecerles el don de mí mismo.

Esta capacidad de expresar el amor convirtiéndome en don tiene su máxima expresión primero en el *amor conyugal* y luego en el *amor maternal* y *paternal*, mediante el cual los padres se hacen intermediarios de la bendición de Dios y de la gracia del Señor para sus hijos.³⁰

²⁹ GARCÍA CUADRADO, J. A. *Antropología filosófica*, op. cit., p. 172-173.

³⁰ Cf. PAPA FRANCISCO. *Audiencia general*, 13 de mayo de 2015. En: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2015/documents/papa-francesco_20150506_udiencia-generale.html [Consultado el 19 de agosto de 20125].

En efecto, “el amor conyugal funda la vida común de los esposos al crear una comunidad conyugal. El matrimonio es un compromiso voluntario y libre de los contrayentes, mediante el cual deciden quererse y entregarse el uno al otro, en exclusividad y permanencia. [...] El sí matrimonial es un compromiso y una expresión de libertad radical, de tal modo que ‘quien no sabe comprometerse no logra vivir en la dimensión más profunda de su condición de persona’.”³¹

En la alianza matrimonial el varón y la mujer se dan y se aceptan plenamente como tales y orientan sus vidas al mutuo bien y a la generación y formación integral de los hijos, de esta manera fundan la *primera comunidad natural humana*, que es la familia. *Comunidad* porque en ella se comparten los mismos medios y se quieren los mismos fines y valores.³² *Natural* porque su estructura interna no es arbitrariamente decidida por el hombre, así pueda haber diversos tipos de uniones.

“Esta comunidad familiar es el primer ámbito de la socialización humana, donde el niño toma conciencia de ser persona ‘para alguien’ (principalmente para los padres). Sin familia el hombre no es viable, ni siquiera biológicamente: un bebé, un enfermo o un anciano no pueden valerse por

³¹ *Ibid.*, p. 183-184.

³² Cf. YEPES STORK, R, y ARANGUREN, J. *Fundamentos de antropología*, *op. cit.*, p. 252.

“
El sí
matrimonial
es un
compromiso y
una expresión
de libertad
radical...
”

sí mismos; necesitan un hogar, una familia donde poder existir, amar y ser amados por lo que ellos son, y no por su utilidad., Además, la familia es el depósito de los valores que más profunda y permanentemente quedan grabados en el espíritu de sus miembros mediante la educación (actitudes religiosas, jerarquía de valores, virtudes humanas, formación ética, etc.)”.³³

La comunidad familiar crea las mejores condiciones para el desarrollo humano: “el amor de los padres se decanta en los hijos, y en ese clima de amor y de unidad crecen y se desarrollan los hijos con las mejores garantías de bienestar corporal y espiritual.”³⁴

Por todo lo anterior, la familia es “la comunidad humana esencial”,³⁵ nacida del despliegue de las relaciones que la constituyen. En ella “el hombre deja de ser simplemente marido para ser, además, padre y, de igual modo, la mujer deja de ser únicamente esposa para ser, además, madre. Y, lógicamente, son padre y madre en referencia a una persona radicalmente nueva que es el hijo y que vivirá la filiación.”³⁶

³³ GARCÍA CUADRADO, J. A. *Antropología filosófica*, *op. cit.*, p. 185.

³⁴ GARCÍA LÓPEZ, J. *Elementos de filosofía y cristianismo*, Pamplona, EUNSA, 1992, p. 73-74.

³⁵ Cf. BURGOS, J. M. *Antropología: una guía para la existencia*, Madrid, Palabra, 2005, p. 306-310.

³⁶ *Ibid.*, p. 307-308.

En síntesis, la familia es la *primera comunidad interpersonal* en la que el hijo se abre al encuentro con los otros y aprende a establecer relaciones basadas en el respeto, la justicia y el amor. Es la *primera comunidad intersexual* en la que aprendemos a relacionarnos y a reconocer adecuadamente a las personas del mismo y del otro sexo. Es la *primera comunidad intergeneracional* en la que interactúan los padres, los hijos y los abuelos, esas personas entrañables cargadas de memoria y experiencias y cuya misión es comunicar la sabiduría de la vida a las nuevas generaciones.³⁷

La familia es el lugar donde se establecen las relaciones humanas más esenciales: el amor conyugal, la maternidad, la paternidad, la filiación y la *fraternidad*, y por ello, es el lugar donde aprendemos a ser solidarios y a cuidar del otro porque lo descubrimos como hermano, porque viene de la misma carne. Por eso, porque nos proporciona la primera experiencia de fraternidad, la familia es la mejor escuela de paz y convivencia; la escuela en la que aprendemos a superar el individualismo, a compartir, a confiar en el otro y a aceptarlo más allá de toda diferencia.³⁸

Podemos decir, entonces, que la familia es el *centro afectivo de la persona*, en el que somos queridos de manera incondicional por ser quienes somos, independientemente de la edad, la

.....
³⁷ Cf. PAPA FRANCISCO. Audiencia general, 11 de marzo de 2015. En: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2015/documents/papa-francesco_20150311_udiienza-generale.html
[Consultado el 21 de agosto de 2015].

³⁸ Cf. PAPA FRANCISCO. Audiencia general, 18 de febrero de 2015. En: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2015/documents/papa-francesco_20150218_udiienza-generale.html
[Consultado el 21 de agosto de 2015].



salud, la posición o las cualidades. Es la sede en la que nos fraguamos como seres humanos y la clave de nuestra socialización. Es la forjadora de nuestra *identidad*, es decir, de nuestra estructura personal más profunda y de nuestra actitud general ante el mundo, ante los otros y ante Dios; y esa fragua comienza a darse de manera natural mediante la presencia de la madre, que nos ofrece el *principio de seguridad*, y mediante la presencia del padre, que nos proporciona el *principio de realidad*.

La familia es el *lugar de las raíces personales*, por cuanto gracias a ella sabemos quiénes somos, de dónde venimos y cuál es nuestra conexión con el resto de la humanidad. Es el *lugar donde aprendemos a trascender*, a superar la dimensión horizontal, a descubrir el sentido profundo de la vida, a anhelar la eternidad y a tratar “Amor que supera todo aislamiento, incluso el de la muerte, en una totalidad que trascienda también el espacio y el tiempo”.³⁹

.....
³⁹ Cf. BENEDICTO XVI. Audiencia general, 2 de noviembre de 2011. En: http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2011/documents/hf_ben-xvi_aud_20111102.html
[Consultado el 21 de agosto de 2015].

Es el *lugar de la enfermedad*, el ámbito en el que mejor se puede vivir la fragilidad humana, porque nada puede reemplazar la compañía afectuosa, atenta y paciente de los seres queridos, que nos ayudan a sanar o a sobrellevar del modo más humano, incluso de manera sobrenatural, el sufrimiento.

Y, por último, es también, el *lugar de la muerte*, es decir, el espacio afectivo adecuado para enfrentar el momento definitivo de la muerte y del ingreso a la vida perdurable;⁴⁰ el mejor ámbito para mirar hacia el pasado y reconocer que “el Señor nos ha dado muchos días de sol y de brisa suave, [...] –y– también momentos en los que las aguas se agitaban y el viento era contrario”,⁴¹ pero sin nunca dejarnos solos; y también para mirar hacia la eternidad y descubrir el camino de la muerte como una senda de esperanza porque nos conduce a la casa del Padre.⁴²

En definitiva, la familia es “una verdadera escuela de humanidad” capaz de salvar a las sociedades de la barbarie,⁴³ y por eso es un auténtico signo de esperanza.



⁴⁰ Cf. BURGOS, J. M. *Antropología: una guía para la existencia*, Op. cit., p. 308-321.

⁴¹ Cf. BENEDICTO XVI. *Audiencia general, 27 de febrero de 2013*. En: http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2013/documents/hf_ben-xvi_aud_20130227.html [Consultado el 21 de agosto de 2015].

⁴² Cf. BENEDICTO XVI. *Audiencia general, 2 de noviembre de 2011*. En: http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2011/documents/hf_ben-xvi_aud_20111102.html [Consultado el 21 de agosto de 2015].

⁴³ Cf. PAPA FRANCISCO. *Audiencia general, 3 de junio de 2015*. En: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2015/documents/papa-francesco_20150603_udiienza-generale.html [Consultado el 21 de agosto de 2015].